
KOFUN: UNA APROXIMACIÓN AL MEGALITISMO JAPONÉS

Leticia Lafuente Pérez
Arqueóloga

Resumen: El presente trabajo es una síntesis introductoria sobre las tumbas tumulares japonesas conocidas como *kofun*, las cuales dan nombre al periodo en el que éstas fueron construidas. Una de las peculiaridades de estas tumbas megalíticas radica en que se dieron en un periodo protohistórico, pudiendo extraerse información, además de a través de la arqueología, de las fuentes históricas provenientes de zonas circundantes a la que es objeto de estudio. Así, mediante el conocimiento de la casuística particular que rodeó la construcción de los *kofun* se enriquece también el estudio del megalitismo prehistórico en general.

Palabras clave: arqueología, Japón, *kofun*, megalitismo, protohistoria, prehistoria.

Abstract: This paper is an introduction to Japanese megalithic tombs called *kofun*, name of the historic period in which they were built. This Kofun period is a protohistoric one, so we can study it not only by archaeological methods, but also by using historical sources of the surrounding areas; knowing this approaches us to a better study of prehistoric megaliths in general.

Keywords: archaeology, Japan, *kofun*, megalith, protohistory, prehistory.

INTRODUCCIÓN

Mediante el estudio del megalitismo japonés, un tema que hasta hoy ha sido olvidado casi por completo dentro de la investigación arqueológica española, puede enriquecerse también el debate sobre el megalitismo en general, y el peninsular en particular. Estas tumbas tumulares son especialmente interesantes dentro del estudio de la prehistoria, pues el periodo Kofun, época en que fueron erigidas, es una etapa bisagra, un momento de cambio que, además, puede ser categorizado como protohistórico, ya que algunos datos sobre éste quedaron registrados por los cronistas chinos, quienes escribieran lo que contaron tanto los emisarios enviados al archipiélago, como los mensajeros que llegaban con tributos desde

Japón. Así pues, en este trabajo se procederá a hacer un análisis tanto del contexto histórico en el que se construyeron estas tumbas, momento en el que la estatalización del país se encontraba en un estado incipiente, como de las principales características de estas tumbas y sus ajuares.

LAS FUENTES

El periodo Kofun es una época que pertenece a la prehistoria de Japón, siendo también considerado protohistórico, pues en varios documentos de la corte china redactados en esos años se encuentran numerosas alusiones a “las gentes de Wa”, nombre con el que se denominó a los pueblos de Japón de dicho periodo. Estas menciones comienzan sólo cuando en Japón hay ya un poder más cohesionado y fuerte, siendo en este momento cuando al gobierno chino le interese conocer qué ocurre en esa zona geográficamente tan próxima a ellos.

De este modo, para reconstruir esta época contamos no sólo con la arqueología, sino también con herramientas textuales, las cuales deben ser interpretadas con precaución, ya que, sirva de ejemplo, los escribas chinos dieron nombres existentes en China para referirse a realidades japonesas que podían no coincidir con las denominadas así en el continente, como ocurriera con la palabra china *guo*, traducida como “Estado” y utilizada por los cronistas para hablar de realidades japonesas que distaban bastante de catalogarse como tal.

Uno de los principales propósitos de los cronistas de la Dinastía Han (206 a.C.-220) fue ofrecer información etnográfica sobre los pueblos periféricos de la corte china, para así analizar qué papel podían jugar éstos, tanto política como socialmente, detallando múltiples aspectos de la sociedad pero, sobre todo, de la jerarquía y los dirigentes. Los principales textos a los que acudir son el *Houhanshou* y el *Weizhi*, que narran acontecimientos de los siglos I al III. Sin embargo, en el siglo IV nos encontramos con una laguna en los textos, recuperándose las menciones sobre “las gentes de Wa” ya en el siglo V, aumentando considerablemente el volumen de información accesible (Barnes, 2009).

CONTEXTUALIZACIÓN HISTÓRICA

Las tumbas megalíticas japonesas conocidas como *kofun* se desarrollaron durante el periodo Kofun, dando nombre así a una etapa de la prehistoria que va desde el 250/300 al 710. Durante este periodo se construirán los mimbres de la estatalización, surgiendo elementos vistos como condición *sine qua non* para que éste se dé. Generalmente se admite que se puede comenzar a hablar de Estado en Japón en el siglo VI, si consideramos éste como una “formación política jerárquica con una estructura centralizada de mando y una cultura unificada” (Barnes, 2009:18-19 y Mizoguchi, 2009:25).

Los registros más antiguos conservados sobre algún tipo de mandato para Japón se encuentran en fuentes chinas, siendo el motivo de ello la recepción, por parte de la corte de los Han, de emisarios de pequeños “reinos japoneses” entre el 57 y el 107, encontrándose estas entrevistas registradas en un texto llamado *Historia del Reino de Wei* (Edwards, 1996:53-54). Posteriormente, en 239, se registra la llegada de una misión con tributos por parte de una reina llamada Himiko, la cual dominaba, según las fuentes, una confederación de treinta reinos. Esta reina acabaría siendo reconocida por China como la “reina de Wa”, y en estos mismos registros puede leerse que Himiko habría sido elegida para reinar sobre todos estos jefes, pensándose así que podría haber sido la dirigente de una coalición de jefes locales de la zona de Yamatai (Barnes, 2009:124). Al margen de toda la mitología que puede rodear a esta reina, los textos también remarcan que la guerra interna era un hecho cotidiano en el archipiélago, por lo que algunos arqueólogos postulan que Himiko pudo haber enviado esta misión tributaria a China para adquirir prestigio frente a sus posibles oponentes, pues así el reino de Wei validaría su reinado, viéndola como la legítima gobernante (Ebrey *et al.*, 2009:117-118). Lo que es denominado “pseudorreinado” por algunos autores fue el núcleo de las relaciones internas de las aldeas, teniendo cada una de ellas un jefe que se encargaría de la comunicación con los dioses, siendo un rey-chamán o reina-sacerdotisa (pues sus obligaciones políticas no podían separarse de las religiosas) que mantenía relaciones con los jefes de otras aldeas. El nexo de unión entre estas aldeas pronto sería la existencia de un antepasado común, de un ancestro que bien podía ser mitológico. La economía de estos linajes más poderosos descansaba en otros grupos que se encargaban de la producción de alimentos y de la elaboración de otros bienes.

Hacia el siglo V los dirigentes asentados en la cuenca de la región de Kinai ya habían organizado la manufactura del hierro y controlado su distribución, los guerreros usaban el caballo como arma de combate, mejorando así su movilidad, y las misiones tributarias enviadas a China eran ya habituales, consolidándose así frente a esta nación. La división del trabajo fue definiéndose cada vez más, y junto a los gobernantes que se encargarían de la ritualidad habría otros grupos que se especializarían en la provisión de hombres para la guerra, así como de armas y materias primas.

Los dominios se expandirán, y el derecho de administración de estas tierras nuevas, con las consiguientes herencias y trasposos, será otorgado a los acólitos más fieles, mientras que los territorios del gobernante serán gestionados por personas nombradas exclusivamente para ello, sin derechos sobre estas tierras. Las alianzas matrimoniales extenderán aún más el territorio, reafirmando así el poder del gobernante y asentando los derechos de sucesión y la estabilidad. A todo esto se le suma el uso de la fuerza, que paulatinamente pasará a ser monopolio del linaje gobernante. Mas todo esto no terminó por conseguir estabilidad en el poder, ya que los linajes se perdían, siendo sustituidos por otros nuevos, dadas las luchas internas inherentes a un sistema cortesano. Con el fin de evitar el regicidio y las luchas internas por el poder, así como para reforzar las conexiones centro-periferia, se burocratizó este Estado incipiente siguiendo el modelo chino, zona con la que los contactos fueron aumentando. Otro punto importante, desarrollado ya a fines del siglo VII, es la proyección de la dinastía gobernante hasta un pasado mítico, proclamándose los dirigentes como descendientes de la propia Amaterasu y, por tanto, imbuyéndose de un estatus divino más firme.

En el siglo VIII la capital será trasladada a Nara, cambiando por completo el concepto de ciudad, pues ésta sería construida como reflejo de las grandes ciudades chinas. El estatus de los más poderosos de la ciudad ya no será demostrado mediante la construcción de grandes tumbas, costumbre que iría decayendo, siendo la creación de grandes templos budistas el elemento que luego otorgará dicho prestigio.

EL PERIODO KOFUN

El periodo objeto de estudio (250/300-710) está definido por las tumbas que durante él se construyeron, habiéndose documentado decenas de miles de *kofun* por todo el archipiélago nipón, siendo éstas catalogadas desde hace años por los arqueólogos e investigadores como las de los primeros gobernantes de Japón. La principal diferencia entre este periodo y el inmediatamente anterior, el Yayoi, en lo que a cultura material respecta, será la construcción de estas tumbas frente a los *funkyubo*, los tenidos como predecesores inmediatos.

El periodo Kofun se encuentra dividido en tres fases: Inicial (250/300-400), Medio (400-475) y Final (475-710), y los elementos que han sido utilizados para hacer esta clasificación son, principalmente, cambios estructurales y de contenido de los *kofun*. Durante el Kofun Inicial las cámaras sepulcrales son excavadas en un túmulo de tierra, sus paredes se recubren de arcilla y los sarcófagos son troncos de árboles vaciados, simples en origen, pasando a formas que imitaban arcones en los últimos años de esta etapa.

Una de las principales y más llamativas características del Kofun Medio será la construcción de grandes *kofun* del tipo de ojo de cerradura, tipología que se convertirá en icónica de todo el periodo. En los ajuares el cambio se da en los materiales registrados, siendo ahora mucho más abundante el hierro, tanto en forma de herramientas como de armas y armaduras; asimismo, los arreos de caballo y la joyería en oro comenzarán a tener una presencia más importante. Las cámaras sepulcrales seguirán estando excavadas en el túmulo y los sarcófagos poseerán ahora forma de casa, una tipología conocida como *iegata*.

En el Kofun Final lo más llamativo será la nueva técnica constructiva de tumbas, las cuales ahora pasarán constar de una cámara y un corredor contruidos con bloques megalíticos, que luego son cubiertos por un aporte tumular.

La construcción de los *kofun* tendrá implicaciones sociopolíticas profundas, ya que, en una época en la que no había un sistema de sucesión asentado en el gobierno, la construcción de estos túmulos podría haber funcionado como elemento simbólico de transmisión del poder y de cohesión del linaje gobernante (Imamura, 2003:192). Asimismo, en los ajuares correspondientes a los linajes de los siglos IV-V ya puede verse reflejado un cambio social que abría una más marcada brecha en la sociedad. Los objetos más comunes hasta la segunda mitad del siglo III estaban realizados en hueso y piedra, conformándolos arpones, anzuelos, puntas de flecha, adornos, vasijas de bronce, etc. Pero en las siguientes décadas estos objetos

disminuirán, tomando su lugar herramientas varias de labranza, arreos de caballo y armas, todos ellos elaborados en hierro, material que irá haciéndose omnipresente en detrimento del bronce, relegado cada vez más a papeles simbólicos y menos pragmáticos. Este uso generalizado del hierro en los aperos de labranza se relaciona directamente con el aumento del rendimiento en los cultivos (Kondo, 1999:35), y esta nueva forma de subsistencia, basada cada vez más en la agricultura, conlleva cambios no sólo en el patrón de asentamiento, sino también en la sociedad y en la movilidad interestamental. El cultivo sería, además, un nexo de unión entre individuos, pues se necesitaba un grado más alto de organización y planificación para la consecución de un objetivo común a más largo plazo, en este caso, la cosecha.

Dentro de los clanes o linajes surgirán cargos nuevos dedicados a la celebración de actos que ensalzasen a dioses familiares o tutelares, además de a los relacionados con la naturaleza; estas personas ganarán prestigio y autoridad, ya que de ellos dependía, en última instancia, una buena cosecha. De este modo surge una separación más dentro del clan, siendo los encargados del culto los “jefes honorables” o “jefes de clan”, la cabeza visible de la nueva jerarquía (Kondo, 1999:36). Estos líderes guardan bastante similitud con los *big men* vistos en otras culturas, explicándose, mediante paralelos entre estas dos figuras, cómo los líderes podrían haberse hecho con el poder de las tierras de labor, siendo los posteriores encargados de la redistribución de los beneficios resultantes. Esta jerarquía entre el jefe y el resto de la población tendrá su reflejo también a escala macro, pues entre aldeas y linajes se desarrollarán lazos entre unas comunidades y otras, compartiendo e intercambiando entre ellas sus producciones.

CREENCIAS Y SIMBOLOGÍAS

En Japón existe un culto muy especial hacia las montañas, al igual que en otras culturas a lo largo del tiempo. Según el folclore japonés, muchas montañas son la morada de varias deidades o *kami*, habiendo dos altares para estos dioses, uno en la cima, donde el dios residía, y otro en la falda de la montaña, lugar al que descendía en épocas señaladas durante las cuales se le rendía culto. Otra línea apunta a que eran tenidas como el punto de unión entre el cielo y la tierra, pero las creencias al respecto no son uniformes, y también se encuentran vinculadas con las fuentes de agua y las tormentas, como el lugar donde se originan éstas,

habiendo rituales llevados a cabo en las montañas, donde se les da la bienvenida en primavera a los dioses para que propicien una buena cosecha, despidiéndoseles más tarde, en otoño.

Pero la creencia que más interesa para este trabajo está relacionada con los difuntos, pues las montañas son consideradas también el lugar de reposo de las almas de los fallecidos, pudiendo relacionarse la forma tumular o de montaña que tenían los *kofun* con este hecho. A tenor de este paralelismo hay varios poemas fúnebres en los cuales la gente se lamenta por la pérdida de un familiar, cuya alma viaja hasta descansar finalmente en la montaña. De este modo, al construir un *kofun* puede que se estuviera creando una montaña simbólica, un espacio sagrado exclusivo para el alma del fallecido. Esta teoría se sustenta también en que, varios decenios después de que la costumbre de construir tumbas tumulares desapareciera, y ya en la era Heian (794-1180), el mausoleo del emperador seguía conociéndose como *yama*, “montaña” en japonés, y el encargado de su construcción como *yama-tsukuri-no-tsukasa*, o el “oficial que erige la montaña” (Hori, 1966:7-9).

Las creencias shintoístas predominaron hasta que el gobierno aceptó oficialmente, en 587, el budismo, pero esto no implicó la desaparición del shinto, dado que el budismo no es una religión eliminatoria, surgiendo creencias sincréticas muy interesantes al respecto.

ANÁLISIS DE LOS *KOFUN*

Los enterramientos tumulares conocidos como *funkyubo*, típicos del periodo Yayoi (300 a.C.-250/300), pueden ser clasificados en dos grandes tipologías si nos atenemos al lugar en el que la fosa es colocada: o bien se excava en la tierra, cubriéndose luego por el aporte tumular, o bien lo hace directamente en el túmulo. Al margen de esta primera clasificación, la forma del túmulo de cubrición responde a una enorme variedad, local en la mayoría de los casos. Pueden tener forma cuadrada con protuberancias en cada una de sus cuatro esquinas, redondeados con una o dos protuberancias, trapezoidales, etc. En cuanto a los restos óseos, éstos solían ser introducidos en urnas o jarras, las cuales contenían, además, el ajuar del fallecido, compuesto por espejos, adornos varios y algunas armas; los enterramientos dentro de los túmulos podían ser múltiples, habiendo varias fosas, cada una de ellas con un individuo. Este modelo de enterramiento no fue, sin embargo, el mayoritario dentro de su época, siendo los cementerios comunales la modalidad de enterramiento más extendida; en

éstos, los restos óseos eran introducidos en vasijas también, que luego se depositaban en una fosa excavada en la tierra. La mayoría de las veces las deposiciones eran secundarias, como así lo demuestran los yacimientos de la región de Kyūshū. Así, el equipo arqueológico que excavó el yacimiento de Yoshinogari, ubicado en esta misma región, y donde conviven estas dos tendencias, afirma que el enterrarse en el túmulo estaría reservado para los miembros de la elite social, o para las personas pertenecientes al linaje que gobernara (Hudson y Barnes, 1991:220). A finales del periodo Yayoi, la práctica del enterramiento múltiple dentro del mismo túmulo irá decayendo, pasando a ser el enterramiento individual el preponderante. Esta práctica es vista por algunos como un espejo que refleja claramente un profundo cambio social, ya que, de enterrar juntos a los miembros importantes de un mismo linaje, se habría pasado a enterrar a un único individuo poderoso (Barnes, 2009:105-107). Otro elemento que apoya esta hipótesis de una más marcada jerarquización social es el cada vez mayor aislamiento de estas tumbas, combinado con el aumento de su tamaño; así, mientras que en los inicios del periodo Yayoi las tumbas se encontraban siempre agrupadas, para los años finales éstas se encontraban aisladas del resto, y su tamaño se situó en los 40 m de diámetro máximo.

Los *kofun* son una evolución de los anteriores enterramientos tumulares, y en lo que a forma del túmulo respecta, la más famosa es la que tiene forma de ojo de cerradura, una evolución de los *funkyubo* circulares con protuberancia cuadrangular en uno de sus extremos. Algunos de estos *kofun* eran recubiertos por cantos rodados, al igual que ocurría en ciertos *funkyubo*. Como elemento decorativo peculiar nos encontramos con los *haniwa*, figuras y vasos de terracota que se colocaban en la cima del túmulo, rodeando su perímetro, la fosa, la entrada a la tumba, las terrazas (si es que disponía de ellas), etc. La información que aportan estas figurillas es magnífica, dado su alto nivel de detalle y la variedad que las caracterizaba. Cuando son más específicas es durante el Kofun Final, época en la que podemos ver multitud de animales, guerreros, bailarinas, nobles, damas, sacerdotes, músicos, granjeros o chamanes, caracterizados todos ellos a la perfección; la arquitectura tampoco se queda atrás, habiendo figuras de casas o templos sumamente interesantes. Pero el origen de estas figurillas era mucho más simple, un cilindro de arcilla sobre un pedestal, tipología que no será desechada, combinándose estos modelos simples con los otros más detallistas. Durante el Kofun Inicial y

Medio eran ubicadas circundando la entrada superior de la fosa, en ocasiones coronada ésta por un *haniwa* en forma de casa, así como en la loma y la falda del túmulo. En el siglo VI estas figuras se reubicarán, pasando a enfatizarse la entrada hacia la tumba, ahora de corredor y cámara.

Los *kofun*, sin embargo, suelen encontrarse formando grupos, yendo desde unos pocos ejemplares hasta un centenar de ellos. La tipología de ojo de cerradura encuentra uno de sus ejemplos más tempranos en las llanuras de Nara, en el área de Makimuku, con el *kofun* de Hashihaka, de mediados del siglo III. Con 280 m de largo y 30 m de altura, su escala es ya muy superior a la de los previos *funkyubo*. La fosa se encuentra excavada en él, y un ataúd de madera ocupa el fondo del pozo que lleva a la cámara, forrada de losas de piedra y cubierta por bloques megalíticos.

Dentro del grupo de tumbas tumulares de Ōsaka se encuentra en Sakai otro de los *kofun* más famosos, el *Daisen-ryo* o tumba de Nintoku, construido a principios del siglo V, que con 486 m de largo y 35 m de altura es la tumba en forma de ojo de cerradura más grande que existe, ya que cubre una extensión de 32 ha. Se encuentra, además, rodeado por tres fosos, siendo la tierra que se extrajo de ellos la que posteriormente se usaría para la realización del túmulo. Originariamente se concibió recubierto de cantos rodados y hierba, con *haniwa* numerosos delimitando las terrazas que lo marcaban, pero en el último siglo, y con el fin de reducir la erosión climática, se permitió de manera controlada que la vegetación creciera. Los visitantes sólo pueden acceder hasta el segundo lago, y se supone que nadie lo ha cruzado desde que en 1872 un tifón dañara la parte frontal del túmulo, descubriéndose gracias a ello un sarcófago de piedra rodeado de un ajuar conformado por vajilla de mesa, espadas y armaduras de oro y cobre.

La tumba de Fujinoki, localizada en Ikaruga, Prefectura de Nara, y cronológicamente adscrita al periodo Kofun Final, concretamente a las últimas décadas del siglo VI, fue excavada en 1985, habiendo sido muy famosa, tanto por la magnífica intervención que en ella se llevó a cabo, como por los resultados que se obtuvieron. Uno de los hechos que más llama la atención *a priori* es su relativo aislamiento, poco habitual, por lo que lo primero que se planteó fue si pudieron haber desaparecido algunas tumbas que la rodearan. Esto no resulta descabellado, pues tras la II Guerra Mundial muchos territorios fueron transformados en terrenos de cultivo,

habiéndose eliminado las construcciones que hubiera en superficie, como ocurrió en Ōsaka, donde se conservan sólo 46 tumbas de las 92 que había documentadas antes de la guerra. Pero otra hipótesis postula que, en el Kofun Final, si no existían en las inmediaciones familiares vivos de las personas enterradas en los *kofun*, éstos podían ser eliminados; hipótesis que apoya el hecho de que en las zanjas de cimentación de las estructuras de otras tumbas o templos aparezcan restos de *haniwa* y otros materiales cerámicos datables en épocas pasadas (Kidder, 1987:62). Esta tumba de Fujinoki aparece recogida en una crónica japonesa del siglo XIX que fue encargada a un monje con objeto de que identificara todas las tumbas que pudieran pertenecer a un emperador. Así, este texto aporta dos datos interesantes: el primero, que originariamente habría tenido forma de ojo de cerradura, hoy perdida; el segundo, que fue incluido en la lista de tumbas imperiales, siendo adscrita al emperador Sōshun. El diámetro del túmulo actualmente es de 40 m, siendo su altura de 8 m; consta de pasillo y cámara contruidos por bloques megalíticos de piedra, alcanzando la estructura un total de 14.5 m. Su orientación es sudeste-noroeste, estando la cabecera en este último punto. Tiene una altura que oscila entre los 2.34 m del pasillo y los 4.14 m de la cámara, donde se ubicaba un sarcófago elaborado en toba, compuesto por un cuerpo y una tapa cuyo peso ronda los 500 kg. Éste pertenece a una tipología común, conocida como *iegata*, que imita la forma de una casa, y en su interior se encontraban sepultados dos individuos, uno de los cuales es masculino, de entre 17 y 25 años, y otro alofiso, sin poder averiguar tampoco su edad. Un pigmento rojo elaborado con cinabrio cobre aún hoy día el exterior e interior del sarcófago, tanto las paredes como el ajuar y los restos óseos, aunque sólo los del individuo claramente masculino. Esto es así por tratarse de una deposición secundaria, pues tras haber lavado los huesos, éstos fueron recolocados en el sarcófago y posteriormente pigmentados (Kidder, 1989:423-427). El individuo alofiso, sin embargo, no posee restos de pigmento, y esto, sumado a la articulación de los huesos y su disposición, lleva a afirmar que se trató de una deposición primaria.

El ajuar de este *kofun* es muy numeroso, poseyendo, además, un elemento muy peculiar, una corona realizada en bronce dorado que sólo posee un paralelo con otra aparecida en una tumba coreana. Otros de los elementos llamativos son dos pares de zapatos realizados en bronce dorado también, no sabiéndose aún con certeza si fueron realizados *ex professo* como ajuar o si en vida de los fallecidos pudieron ser utilizados, aunque fuera de manera ritual,

dado lo poco práctico del diseño, que imposibilitaba el caminar con ellos. El resto de objetos lo conforman espejos de bronce, dagas de bronce y plata, adornos varios y cuentas realizados en metal y piedras semipreciosas, restos de textil, arreos de caballo y espadas de hierro.

Dentro de los objetos del ajuar hay algunos cuya función es sólo simbólica o que fueron elaborados en exclusiva como elementos de ajuar, y esto nos lleva a analizar la producción de bienes de prestigio, que serían sólo símbolos del estatus que la persona posee. El repertorio que conforman los bienes de prestigio es siempre cambiante, pues el acceso a éstos va abriéndose, siendo necesario reemplazar los símbolos del estatus antiguos por otros nuevos y más exclusivos.

CONCLUSIONES

Como conclusión, hemos de remarcar la importancia que el estudio de este periodo tiene, no sólo por el mero enriquecimiento del conocimiento, sino porque sólo investigando cómo se desarrollaron hechos determinados en otras culturas se puede tener una visión más completa de la historia del hombre, así como contribuir al análisis de los acontecimientos y procesos históricos propios, no sólo haciendo analogías, sino planteando nuevas hipótesis y líneas de trabajo bajo el prisma de nuevas ideas. De este modo, el periodo Kofun, que posee la particularidad de ser prehistórico y protohistórico a la vez, aporta multitud de información sobre características culturales barajadas como hipótesis a la hora de estudiar el megalitismo peninsular, el papel de los *big men*, la importancia de la agricultura y cómo ésta se implantó en la sociedad, la producción de los bienes de prestigio y su distribución y, a un nivel más específico, incluso las motivaciones que llevaron a la construcción de las tumbas megalíticas, así como la simbología que hay tras éstas.

BIBLIOGRAFÍA

BARNES, Gina Lee, *China, Korea and Japan. The Rise of Civilizations in East Asia*, Londres, Thames and Hudson, 1993.

BARNES, Gina Lee, *State formation in Japan. Emergence of a 4th-century ruling elite*, Nueva York, Routledge, 2009.

- EBREY, Patricia; WALTHALL, Anne y PALAIS, James, *East Asia: A cultural, social and political History*, Wadsworth, Belmont, 2009.
- EDWARDS, William, «In pursuit of Himiko. Postwar Archaeology and the Location of Yamatai», *Monumenta Nipponica*, vol. 51, nº1, 1996, pp. 53-79.
- GOWLAND, William, «The Burial Mounds and Dolmens of the Emperors of Japan», *The Journal of the Royal Anthropological Institute of Great Britain and Ireland*, nº37, 1907, pp. 10-46.
- HANE, Mikiso, *Breve Historia de Japón*, Madrid, Alianza, 2006.
- HORI, Ichiro, «Mountains and their importance for the idea of the Other World in Japanese Folk Religion», *History of Religions*, vol. 6, 1996, pp. 1-23.
- HUDSON, Mark y BARNES, Gina Lee, «Yoshinogari. A Yayoi settlement in Northern Kyūshū», *Monumenta Nipponica*, vol. 46, nº2, 1991, pp. 211-235.
- IMAMURA, Keiji, *Prehistoric Japan. New perspectives on Insular East Asia*, Londres, Routledge, 2003.
- KIDDER, J. Edward, «The Fujinoki Tomb and its grave-goods», *Monumenta Nipponica*, vol. 42, nº1, 1987, pp. 57-87.
- KIDDER, J. Edward, «The Fujinoki Sarcophagus», *Monumenta Nipponica*, vol. 44, nº4, 1989, pp. 415-460.
- KONDO, Agustín Yoshiyuki, *Japón. Evolución histórica de un pueblo (hasta 1650)*, Guipúzcoa, Nerea, 1999.
- MIZOGUCHI, Koji, «Nodes and edges: A network approach to hierarchisation and state formation in Japan», *Journal of Anthropological Archaeology*, nº28, 2009, pp. 14-26.
- NISHIDA, Masaki, «The emergent of food production in Neolithic Japan», *Journal of Anthropological Archaeology*, nº28, 1983, pp. 14-26.
- SCHIROKAUER, Conrad, *A brief history of Chinese and Japanese Civilizations*, Orlando, HBJ, 1989.